



## HACIENDO EL INDIO

**A VECES HAGO COSAS QUE** me sorprenden a mí mismo: el otro día, por ejemplo, impartí una clase magistral (?) sobre los indios de Norteamérica en el Museo Carmen Thyssen de Málaga, en el marco de la exposición *La ilusión del Lejano Oeste*. Diría que lo hice a pelo, sin plumas, pero no sería cierto: exhibí una espléndida remera de águila, digna de Nube Roja, que pillé hace años, no sin riesgo, en la jaula de las rapaces en el zoo de Barcelona. También mostré, entre otras cosas, un pequeño *tomahawk* de juguete. El de verdad, como mi arco, me hubiera costado un apuro en el control del aeropuerto.

Mi conferencia, que hasta servía –hay que ver cómo está la enseñanza– para adquirir créditos universitarios y se anunciaba, para mi asombro, con carteles en los pirulís de la ciudad, consistió en un recorrido sentimental por el sendero de los nativos en el que me acompañaron desde el último mohicano a Gerónimo, pasando por Toro Sentado y Caballo Loco, entre otros muchos caudillos. Bajo el título *Una vida con los pieles rojas, del fuerte Comansi a la entrevista con el gran jefe de los Cri*, mi charla versaba, con toda la jeta, sobre la larga relación vital (en su mayor parte imaginaria) que he mantenido yo con los indios desde niño. Incomprensiblemente, los amables oyentes no me

arrojaron flechas ni, al estilo de Cochise, me colgaron cabeza abajo sobre una hoguera.

En realidad siempre me he sentido como esas mujeres blancas a las que los pieles rojas secuestraban y obligaban a vivir en la tribu. A mí se me llevaron los indios de muy pequeño. Uno de mis primeros recuerdos es el de estar vestido de miniguerrero sioux (tendría cinco años) con el disfraz que me habían traído los Reyes y rodeado de nieve: era la navidad de 1962 y había caído aquella famosa nevada en Barcelona que riéte tú del invierno de Montana. Son muchas las veces que, tras aquel añorado traje infantil de fieltro rojo, con polainas de piel, taparrabos y espectacular penacho, he vuelto a vestirme de indio (y también a hacerlo, el indio). Vestir de indio requiere aplomo y convencimiento. También un mínimo de condiciones naturales. Es importante revestirse no solo de ropa y complementos adecuados sino de una identidad sustancial. Recordemos que Toro Sentado, antes de adquirir ese nombre inmortal (en puridad Totanka Yotanka), se llamaba Tejón Saltarín, y con eso no se va a ninguna parte, y menos como Pies Ampollados, el conocido brujo de los iowas que entrevistó George Sand en París. Me resisto a

no seguir la broma y decir que, puestos a viajar, nada como el jefe Pontiac.

Cuando te caracterizas, la tribu es fundamental: los cheyennes eran los más guapos, los sioux los más orgullosos. Mohicano está bien, pero te sientes muy solo. No es una buena elección, pese a su pedigrí guerrero, hacerse команche, ya que su indumentaria era minimalista: taparrabos y ya. No es extraño que su gran líder, Quah Parker, muriera de reúma. Siempre me ha gustado caracterizarme de apache, me quedan bien la banda en la frente y las botas altas de piel de los chiricauas, y tengo un aire a Johnny Depp en *The brave* (hay que evitar en cambio su caracterización como Tonto en *El llanero solitario*, aunque se inspiraba en el famoso retrato *I am crow* del artista del Oeste Kirby Sattler).

En realidad, con mi pluma y mi entusiasmo por disfrazarme de indio yo estaba muy en mi salsa en el Museo Thyssen: el comisario de la exposición, Miguel Ángel Blanco, es clavado a Buffalo Bill Cody y, en cuanto a Carmen Cervera, es sabido que conserva un vestido de india auténtico digno de Candice Bergen en *Soldado azul*. El día menos pensado nos vamos los tres por el sendero de la guerra, y les cuento; ¡how! \*

Antes de adquirir su nombre inmortal, Toro Sentado era Tejón Saltarín y con eso no se va a ninguna parte

Dustin Hoffman, en 'Pequeño gran hombre' (1972), demostrando que, si haces mucho el indio, te acaban poniendo los cuernos.